

# VIAJE A LAPUTA Y A BALNIBARBI

## Capítulo 1

**Parte el autor en su tercer viaje; es apresado por piratas. La maldad de un holandés. Llega a una isla. Es acogido en Laputa.**

No llevaba más de diez días con los míos cuando el capitán William Robinson, de Cornualles, que tenía a su mando el *Hope-well*, recio navío de trescientas toneladas, llegó a mi casa. Había sido médico una vez de un barco del que él fue patrón y dueño a cuartas partes, en una travesía al Levante; siempre me trató más como a hermano que como a subordinado y, al enterarse de mi regreso fue a visitarme, según entendí sólo por amistad, pues no se habló más de lo que es normal tras una larga ausencia. Mas como prodigara sus visitas, alegrándose de verme tan bien, preguntando si no me habría asentado ya para siempre, y añadiendo que de allí a dos meses tenía intención de emprender un viaje a las Indias Orientales, al final me invitó abiertamente, aunque con algunas disculpas, a que fuera oficial médico del barco; que tendría a otro médico a mis órdenes además de los dos asistentes; que mi salario sería el doble del sueldo normal; y que, como supiera por

experiencia que mis conocimientos de marinería eran al menos iguales a los suyos, se comprometía plenamente a seguir mis consejos, como si yo tuviera parte en el mando.

Dijo tantas otras cosas atractivas y sabía yo que era tan honrado, que no fui capaz rechazar la propuesta; y además que mi sed de ver mundo, a pesar de mis pasadas desventuras, era tan acuciante como nunca. La única dificultad era convencer a mi mujer, de quien por fin conseguí consentimiento a cuenta de las perspectivas de provecho que ella deseaba para sus hijos.

Partimos el 5 de agosto de 1706 y llegamos a Port Saint George el 11 de abril de 1707, donde nos quedamos tres semanas para que la tripulación se recuperara, pues muchos hombres se encontraban enfermos. De allí fuimos a Tonkín, donde el capitán decidió permanecer algún tiempo, porque mucha de la mercancía que quería comprar no estaba lista y tampoco podía contar con que le despacharan sino al cabo de varios meses. Así pues, y con la esperanza de sufragar algunos de los gastos que tenía que afrontar, compró una balandra, la cargó con varias clases de mercancías con la que los tonkineses suelen traficar en las islas vecinas y, tras poner a catorce hombres a bordo, tres de ellos nativos, me nombró patrón de ella y me dio poderes para comerciar mientras tramitaba él sus negocios en Tonkín.

No llevábamos más de tres días navegando cuando se levantó un fuerte temporal que nos arrastró durante cinco días en dirección Nornordeste, y luego al Este, tras lo cual el viento se tornó favorable, pero todavía con un ventarrón bastante fuerte del Oeste. El décimo día nos persiguieron dos buques piratas, que pronto nos dieron alcance, pues la balandra iba tan hundida por el peso, que navegábamos muy despacio, y además que no estábamos en condiciones de hacerles frente.

Los dos jefes piratas nos abordaron casi a un tiempo e irrumpieron como furias a la cabeza de sus hombres, pero al vemos a todos postrados boca abajo (que así yo lo había

ordenado) nos ataron los brazos con fuertes sogas y, tras ponernos una guardia, se fueron a registrar la balandra.

Advertí entre ellos a un holandés que parecía tener alguna autoridad, aunque no mandaba ninguna de las dos naves. Por el semblante conoció que éramos ingleses y, chapurrando en su propio idioma, juró que nos atarían de espaldas uno contra otro y nos arrojarían al mar. Mi holandés era bastante bueno, y así le dije quienes éramos, y le supliqué que en consideración a que éramos cristianos y protestantes, de países vecinos y en estrecha alianza, influyera en los capitanes para que se compadecieran un poco de nosotros. Esto le inflamó de ira, repitió las amenazas y volviéndose a sus camaradas habló con gran vehemencia, en lengua japonesa según creo, diciendo varias veces la palabra *cristianos*.

El mayor de los dos buques piratas lo mandaba un capitán japonés que hablaba algo de holandés, pero muy mal. Se acercó a mí y, tras varias preguntas, a las que contesté con gran humildad, dijo que no moriríamos. Me incliné profundamente ante él y, volviéndome luego al holandés, le dije que me daba pena encontrar más misericordia en un pagano que en un hermano cristiano. Mas pronto tuve motivo para arrepentirme de aquellas insensatas palabras, pues aquel perverso energúmeno, después de haber tratado en vano de convencer a ambos capitanes para que me arrojaran al mar (a lo que no cedieron tras haberme prometido que no moriría) consiguió persuadidos, sin embargo, para que se me infligiera un castigo peor a los ojos de cualquier humano que la misma muerte. A mis hombres los mandaron la mitad a cada uno de los barcos piratas y pusieron una nueva dotación a la balandra.

En cuanto a mí, decidieron que me dejarían a la deriva en una pequeña canoa con canaletes y vela, y provisiones para cuatro días, que el capitán japonés tuvo la bondad de duplicar de su propia despensa, y no permitió que ningún hombre me registrara. Salté a la canoa mientras el holandés, de pie en cubierta, me echaba todas las maldiciones y e insultos que su idioma puede ofrecer.

Cosa de una hora antes de avistar a los piratas, había hecho una estima y hallado que estábamos a 46 grados de latitud Norte y a 183 de longitud. Cuando me encontré a cierta distancia de los piratas, divisé con el catalejo de bolsillo varias islas al Sudeste. El viento era favorable y largué la vela con la intención de alcanzar la más cercana de aquellas islas, cosa que conseguí en unas tres horas. Era toda rocosa, pero pude coger huevos de pájaro en abundancia y, dándole al pedernal, encendí un poco de brezo y algas secas, con lo que asé los huevos. No cené otra cosa, decidido como estaba a reservar las provisiones lo más que pudiera. Pasé la noche al abrigo de una roca, tras esparcir un poco de brezo por el suelo, y dormí bastante bien.

Al siguiente día navegué hasta otra isla y de allí a una tercera y una cuarta, usando ora la vela ora los canaletes. Mas, para no molestar al lector con una relación detallada de mis desgracias, baste decir que al quinto día llegué a la última isla que podía ver y que estaba al sudsudeste de la anterior.

Esta isla se encontraba a una distancia mayor de lo que supuse, y no llegué a ella en menos de cinco horas. La rodeé casi del todo antes de encontrar un lugar conveniente para desembarcar, que fue una caletilla unas tres veces más grande que la canoa. Vi que la isla era toda rocosa, sólo un poco salpicada con mechones de verde y hierbas aromáticas. Saqué mis pocas provisiones y, tras comer algo, guardé el resto en una de las muchas cuevas que allí había. Recogí huevos en abundancia de entre las rocas y reuní un montón de algas secas y pajas con que haría lumbre al día siguiente para asar los huevos como mejor pudiera. (Llevaba encima pedernal, eslabón, mecha y espejo ustorio.) Pasé la noche echado en la cueva donde había guardado las provisiones. La misma paja y algas secas que me servirían para hacer fuego fueron mi cama. Dormí muy poco, pues las inquietudes del pensamiento podían más que el cansancio y no me dejaban conciliar el sueño. Consideré lo imposible que era conservar la vida en lugar tan inhóspito, y cuán desdichado había de ser mi final.

Me encontraba tan desalentado y deprimido que no me daban ganas de levantarme y, antes de reunir los ánimos suficientes para deslizarme fuera de la cueva, el día estaba bien entrado.

Caminé un rato por las rocas; el cielo estaba completamente despejado y el sol era tan fuerte que me veía obligado a apartar la vista de él, cuando de pronto se oscureció, según creí, de manera muy diferente a lo que sucede cuando una nube se pone delante. Me volví y vi un enorme cuerpo opaco que me separaba del sol y que avanzaba hacia la isla. Parecía estar a unas dos millas de altura y ocultó al sol seis o siete minutos, pero no noté que el aire se enfriara o el cielo se oscureciera mucho más que si me hubiera hallado a la sombra de una montaña. Según se aproximaba al lugar donde me encontraba tenía la apariencia de ser una sustancia sólida, con la parte de abajo plana, lisa y de un brillo luminoso por el reflejo del mar. De pie en un alto a unos doscientos metros de la playa vi que aquel cuerpo inmenso descendía hasta casi ponerse a mi altura y a menos de una milla inglesa de distancia. Saqué el catalejo de bolsillo y pude divisar claramente montones de gente subiendo y bajando por sus lados, en apariencia inclinados, pero lo que la gente aquella estuviera haciendo no pude distinguir.

El natural apego a la vida me produjo alguna sacudida interna de alegría, y me dispuse a albergar la esperanza de que aquella aventura pudiera servir de un modo u otro para librarme del triste lugar y situación en que me hallaba. Pero al mismo tiempo difícilmente podría imaginar el lector mi asombro al ver una isla en el aire, habitada por hombres que podían, a lo que parecía, hacerla subir y bajar, o avanzar según les placía. Mas, no encontrándome entonces en vena de filosofar sobre tal fenómeno, opté mejor por observar el rumbo que la isla tomaría, pues por un tiempo pareció quedarse quieta. Sin embargo, poco después se acercó un poco más y pude ver sus lados, circundados por varias galerías escalonadas y, para bajar de una a otra, tramos de escaleras distribuidos a intervalos regulares. En la galería más baja vi a

alguna gente pescando con largas cañas, y a otros que miraban. Agité el gorro (pues el sombrero hacía mucho que se me había roto) y el pañuelo en dirección de la isla; y como se acercara más, llamé y grité con toda la fuerza de mi voz y luego, fijándome detenidamente, vi un grupo de gente reunido en aquella parte que me quedaba más a la vista.

Por las señales que hacían, apuntándome a mí y entre sí, descubrí que me veían claramente, aunque no contestaban a mis gritos. Pero pude ver a cuatro o cinco hombres corriendo muy deprisa escaleras arriba, hasta la parte superior de la isla, que luego desaparecieron. Naturalmente, se me ocurrió pensar que los habían mandado a pedir instrucciones a alguna persona que tuviera autoridad en semejante coyuntura.

El número de gente aumentaba y en menos de media hora la isla se movió y se elevó de modo que la galería inferior quedó al mismo nivel y a menos de cien metros de distancia de la altura en que me encontraba. Adopté entonces las posturas más suplicantes y hablé en el tono más humilde, pero no recibí respuesta. Los que estaban más cerca frente a mí parecían personas de alto rango, según juzgué por el atuendo. Deliberaban gravemente entre ellos y me miraban de vez en cuando.

Por fin uno gritó algo en un idioma claro, refinado y meloso, no distinto en sonido al italiano, así que les di respuesta en ese idioma, esperando que al menos la cadencia pudiera resultar agradable a sus oídos. Aunque ninguna de las dos partes entendió a la otra, fácilmente conocieron lo que quería decirles, pues la gente veía el apuro en que me hallaba.

Me hicieron señas de que descendiera de la roca y fuera hacia la playa, lo que en efecto hice; y, habiéndose elevado la isla voladora a una altura conveniente, quedando el borde en la vertical conmigo, soltaron una cadena desde la galería inferior con un asiento sujeto al extremo, en el cual me coloqué bien, y me izaron con poleas.

## Capítulo 2

**Descríbense las extravagancias e inclinaciones de los laputanos. Noticia de su cultura. Del Rey y su Corte. La acogida que allí recibe el autor. Temores e inquietudes que sufren los habitantes. De las mujeres.**

Al apearme del asiento una multitud de gente me rodeó, y los que estaban más cerca parecían ser de más categoría. Me miraban con todas las semejas y actitudes hijas del asombro, y en verdad que no les iba yo a la zaga en mucho, ya que nunca hasta entonces había visto raza de mortales tan insólita en tipo, atuendo y semblante. Tenían todos la cabeza inclinada a la derecha o a la izquierda, y un ojo vuelto hacia dentro y el otro para arriba clavado en el cenit. La ropa de por fuera la traían adornada con dibujos de soles, lunas y estrellas, mezclados con otros de violines, flautas, arpas, trompetas, guitarras, clavicordios y otros muchos instrumentos musicales desconocidos para nosotros en Europa. Advertí acá y allá a muchos en traje de criado que llevaban en la mano un palo corto con una vejiga hinchada, atada a la punta como un mayal. En cada vejiga había una pequeña cantidad de guisantes secos o chinitas, según se me informó después. Con estas vejigas sacudían de vez en cuando en la boca y las orejas a quienes estaban junto a ellos, práctica de la que no pude entonces imaginar el sentido. Parece ser que la mente de esta gente se sume en tan intensas especulaciones, que no pueden ni hablar ni prestar atención a lo que otros hablan a menos que se los despabile con algún toque externo sobre los órganos del habla y del oído; por tal razón quienes pueden permitirse tal lujo tienen un *sacudidor* (en su lengua, *climenole*) en la familia, como otro miembro más de la servidumbre, y nunca salen de casa o van de visita sin él. Y la tarea de este asistente es,

cuando dos o más personas están reunidas, sacudir con la vejiga la boca del que va a hablar y la oreja derecha de aquel o aquellos a quienes se dirige el que habla. Este *sacudidor* tiene también la misión de acompañar celosamente a su amo en sus paseos y, cuando la ocasión se presenta, sacudirle suavemente en los ojos, pues va siempre tan absorto en sus meditaciones que se pone en evidente peligro de caer por cada precipicio y de pegar con la cabeza en cada poste y, en las calles, de chocar con otros u otros con él y mandarlo al arroyo.

Era preciso dar al lector esta información, sin la cual estaría todavía tan perplejo, tratando de explicarse el comportamiento de aquella gente, como lo estuve yo según me conducían escaleras arriba a la cima de la isla, y de allí al palacio real. Mientras subíamos se les olvidó varias veces qué era lo que estaban haciendo y me dejaron solo hasta que les reavivaron la memoria los *sacudidores*, pues ellos no parecían inmutarse en lo más mínimo de verme indumentaria y semblante extranjeros, ni de los gritos de la plebe, cuyas ideas y mentes eran más sueltas.

Por fin entramos en el palacio y avanzamos hasta la cámara de la regencia, donde vi al Rey, sentado en su trono, acompañado a cada lado por personas de primera calidad. Delante del trono había una mesa enorme llena de globos y esferas e instrumentos matemáticos de todas clases. Su Majestad ni se enteró de que estábamos allí, aunque a nuestra entrada no le faltó ruido, al aglomerarse toda la gente de la Corte. Pero se encontraba a la sazón abismado en un problema y tuvimos que esperar al menos una hora hasta que consiguió resolverlo. Había junto a él, uno a cada lado, dos pajes jóvenes con sendas sacudideras en la mano y, al ver que estaba mano sobre mano, uno de ellos le sacudió suavemente en la boca y el otro en la oreja derecha, a lo que se sobresaltó como aquel a quien despiertan de súbito, y mirando hacia mí y la compañía en que estaba recordó la circunstancia de nuestra llegada, de lo cual se le había informado de antemano. Dijo unas palabras



e inmediatamente un joven con una sacudidera se me acercó y ligeramente me sacudió en la oreja derecha, pero hice señas como mejor pude de que no tenía necesidad de tal instrumento, lo cual, según averigüé después, produjo en Su Majestad y en la Corte entera una impresión muy pobre de mi inteligencia. El Rey, según supuse, me hizo varias preguntas y yo le hablé en todos los idiomas que conocía. Cuando se vio claro que no podía entender ni ser entendido, me condujeron, siguiendo sus órdenes, a un aposento de palacio (este soberano se distingue de todos sus predecesores por su hospitalidad para con los forasteros), donde se nombró a dos criados para que me sirvieran. Trajeron la comida, y cuatro personas principales, a quienes recordaba haber visto muy cerca de la persona del Rey, me hicieron el honor de comer conmigo. Sirvieron dos cubiertos de tres platos cada uno. En el primero venía una paleta de cordero en forma de triángulo equilátero, un trozo de vaca en romboide y una especie de empanada en cicloide. Constaba el segundo cubierto de dos patos espetados en forma de violines, salchichas y morcillas como flautas y oboes, y el pecho de una ternera en forma de arpa. Los criados nos cortaban el pan en conos, cilindros, paralelogramos y otras figuras geométricas.

En el curso de la comida me atreví a preguntar el nombre en aquel idioma de varias cosas, y aquellos nobles personajes, con la ayuda de sus *sacudidores*, gozaron respondiéndome, con la esperanza de despertar mi admiración por sus grandes talentos si conseguía que hablara con ellos. Pronto pude pedir pan y bebida o cualquier otra cosa que deseara.

Después de comer se retiró la compañía y por orden del Rey llegó una persona acompañada por un *sacudidor*. Traía pluma, tinta y papel y tres o cuatro libros, y me dio a entender por señas que lo mandaban a enseñarme la lengua. Estuvimos sentados juntos durante cuatro horas, tiempo en el que escribí gran cantidad de palabras en columna, con la traducción frente por frente. Asimismo conseguí aprender varias frases cortas, pues el profesor mandaba a uno de mis criados que fuera a

buscar algo, se diera la vuelta, se inclinara, se sentara o se pusiera de pie o caminara, y cosas así. Luego tomaba yo nota de la frase por escrito. También me enseñó en uno de los libros las figuras del sol, la luna y las estrellas, el zodiaco, los trópicos y círculos polares, así como la nomenclatura de muchas figuras planas y sólidas. Nombró y describió todos los instrumentos musicales y me dio todos los términos técnicos usados en el manejo de cada uno de ellos. Cuando se hubo ido, ordené todas las palabras y sus significados en orden alfabético; y así en pocos días y con ayuda de una memoria muy fiel obtuve alguna idea de su idioma.

La palabra que traduzco como *Isla Voladora* o *Flotante* es en su idioma *Laputa*, de la cual nunca pude aprender la verdadera etimología. *Lap*, en el idioma antiguo y desusado, significa *alto*, y *untuh*, *gobernador*, de donde dicen que por corrupción se deriva *Laputa* a través de *Lapuntuh*. Pero yo no acepto esta derivación, que me parece un poco forzada. Me atreví a sugerir a los más eruditos de entre ellos una conjetura mía y que es que *Laputa* es casi *lap outed*, siendo *lap* propiamente el bailoteo de los rayos del sol en el mar y *outed* ala; cosa que sin embargo no quiero imponer, sino que la someto al juicioso lector.

Aquellos a quienes el Rey había confiado mi persona, viendo lo mal vestido que iba, mandaron que fuera un sastre a la mañana siguiente y me tomara las medidas para hacerme un traje. Este operario desempeñó su oficio de manera distinta a la de aquellos de su oficio en Europa. Me tomó primero la altitud con un cuadrante y luego, con regla y compases, describió las dimensiones y contornos de mi cuerpo entero, asentándolo todo en papel, y a los seis días me llevó las ropas, muy mal hechas y completamente sin forma por haberse equivocado en un número al hacer los cálculos. Pero me consolaba ver que tales accidentes eran bastante frecuentes y poco tenidos en cuenta.

Durante mi reclusión por falta de ropas y por una indisposición que me retuvo unos días más, engrosé mi diccionario considerablemente y, cuando fui a la Corte otra

vez, pude entender mucho de lo que el Rey dijo y contestarle de alguna manera. Su Majestad había dado órdenes para que la isla se trasladara rumbo Nordeste cuarta al Este hasta la vertical de Lagado, la metrópoli de todo el imperio de abajo en tierra firme. Se encontraba a unas noventa leguas de distancia y el viaje duró cuatro días y medio. No me afectó en lo más mínimo el movimiento que hacía la isla al avanzar por el aire. Sobre las once de la mañana del segundo día el mismo Rey en persona, acompañado de la nobleza, cortesanos y funcionarios, tras aprestar todos sus instrumentos musicales, tocaron con ellos durante tres horas sin interrupción, de modo que me dejaron completamente aturdido con el ruido; y no me fue posible adivinar qué significaba aquello hasta que mi maestro me informó: dijo que la gente de la isla tenía los oídos adaptados para escuchar la música de las esferas, que siempre se oía en ciertas épocas, y que a la sazón los miembros de la Corte estaban dispuestos para participar cada cual con el instrumento en que más sobresalía.

En viaje hacia Lagado Su Majestad ordenó que la isla se detuviera sobre ciertas ciudades y pueblos de donde pudiera recibir peticiones de sus súbditos. Y con este fin soltaron varios bramantes con pequeños pesos en las puntas. En estos bramantes la gente ataba sus peticiones, que ascendían en línea recta como los trozos de papel que atan los colegiales al final de la cuerda que les sostiene la cometa. Algunas veces recibimos vino y víveres desde abajo, que lo izaban con poleas.

Mis conocimientos de matemáticas me fueron de gran ayuda para adquirir su fraseología, que debía mucho a esa ciencia ya la música; y en ésta no era yo lego. Sus ideas giran constantemente en torno a líneas y figuras. Si se ponen a alabar, por ejemplo, la hermosura de una mujer u otro animal cualquiera, la describen con rombos, círculos, paralelogramos, elipses y otros términos geométricos o, si no, con palabras técnicas sacadas de la música, inútiles de repetir aquí. Advertí en la cocina del Rey toda suerte de instrumentos musicales y matemáticos, siguiendo la forma de los cuales cortan los

cuartos de carne que se sirven en la mesa de Su Majestad.

Las casas están muy mal construidas, las paredes ladeadas, y no hay ángulo recto alguno en ninguna habitación, defecto que tiene su origen en el desprecio que sienten por la geometría aplicada, que desdeñan por vulgar y mecánica, y además las instrucciones que dan son demasiado sutiles para el intelecto de sus obreros, lo que causa constantes equivocaciones. Y aunque son bastante diestros sobre el papel en el manejo de la regla, el lápiz y el compás, en las actividades cotidianas y en su conducta de vida no he visto gente más torpe, sosa y desgarbada, ni tan lerda y ofuscada en sus ideas sobre cualquier tema que no sean las matemáticas y la música. Se les da muy mal razonar y les apasiona llevar la contraria, excepto cuando tienen razón, que raramente sucede. La imaginación, la fantasía y la inventiva les son completamente extrañas, y ni tienen en su lengua palabras con las que expresar tales ideas, limitándose el alcance total de sus pensamientos e inteligencia a las dos ciencias antedichas.

La mayoría de ellos, y en especial los que se ocupan de la parte astronómica, tienen mucha fe en la astrología judiciaria, aunque les da vergüenza reconocerlo públicamente. Pero lo que más me sorprendió y encontré totalmente inexplicable fue la fuerte inclinación que vi en ellos por la información y la política, pues están continuamente haciendo preguntas sobre los asuntos públicos, emitiendo opiniones sobre cuestiones de Estado y disputándose acaloradamente cada tilde del ideario de un partido. A decir verdad he observado la misma actitud en la mayor parte de los matemáticos que he conocido en Europa, aunque nunca pude descubrir la mínima analogía entre estas dos ciencias; a menos que aquella gente crea que porque la circunferencia más pequeña tenga tantos grados como la más grande, el gobierno y la administración del mundo hayan de precisar no más talento que el necesario para manejar y hacer girar una esfera. Mas me da que este atributo suyo procede de un achaque muy común de la naturaleza humana, que nos inclina a ser más

entrometidos y obstinados en asuntos con los que menos tenemos que ver y para los cuales estamos menos capacitados por aprendizaje o por naturaleza.

Aquella gente se ve sometida a continuos desasosiegos, sin poder disfrutar nunca un minuto de tranquilidad de ánimo; y la inquietud les viene de causas que mínimamente afectan al resto de los mortales. Sus aprensiones nacen de los diferentes cambios que, con verdadero horror, temen en los cuerpos celestes. Por ejemplo: que andando el tiempo la Tierra, por los continuos acercamientos del Sol hacia ella, acabará siendo absorbida o engullida; que la superficie del Sol se cubrirá gradualmente de una corteza de sus propias emanaciones y no dará más luz a la Tierra; que a la Tierra le faltó muy poco para escapar de un ramalazo de la cola del último cometa, lo cual la habría reducido a cenizas irremediabilmente; y que el próximo, que lo tienen calculado para dentro de treinta y un años, probablemente nos destruirá, pues si en su perihelio se aproxima a un cierto punto del Sol (como sus cálculos les hacen presentir con horror), generará una potencia calorífica diez mil veces más intensa que la del hierro al rojo vivo; y al alejarse del Sol arrastrará una cola incandescente de un millón catorce millas de larga, y si a través de ella pasara la Tierra a una distancia de cien mil millas del núcleo o cuerpo principal del cometa, se incendiaría al pasar y quedaría reducida a cenizas forzosamente; que el Sol, que gasta diariamente sus rayos sin recibir alimento alguno que los reemplace, finalmente se consumirá y se reducirá a la nada más completa, acontecimiento que irá acompañado de la destrucción de la Tierra y de todos los planetas que de él reciben luz.

Tan constante es la inquietud que les produce el miedo a estos y similares peligros inminentes, que no pueden ni dormir tranquilamente en sus lechos ni sentir gusto alguno por los comunes placeres y diversiones de la vida. Cuando se encuentran con algún conocido por la mañana, la primera pregunta es sobre la salud del Sol, qué aspecto tenía al ponerse y al levantarse, y qué esperanzas albergan de evitar el golpe

del cometa que se acerca; Esta conversación son propensos a entablada con el mismo talante que muestran los muchachos al deleitarse oyendo cuentos de miedo con espíritus y duendes, que los escuchan con avidez y luego no se atreven a ir a la cama por miedo.

Las mujeres de esta isla son extremadamente vivaces; desdeñan a sus maridos y son sumamente aficionadas a los forasteros, de los cuales hay siempre una cantidad considerable del continente de abajo, que se encuentran en la Corte, ya por asuntos de las distintas ciudades y corporaciones, ya por sus negocios particulares, pero que son muy despreciados porque carecen de los mismos dones que los de arriba. De entre ellos eligen las damas sus galanes; pero lo ultrajante es que actúan con excesiva desenvoltura y confianza, pues el marido está siempre tan absorto en la meditación que la amante y el querido pueden pasar a las efusiones más familiares delante de sus narices con tal de que tenga papel e instrumentos y su *sacudidor* no esté cerca.

Las esposas e hijas lamentan verse recluidas en la isla, aunque creo que es el rincón más encantador del mundo; y aunque allí viven en la abundancia y la suntuosidad más grandes y se les permite hacer lo que se les antoja, anhelan ver el mundo y abrazar las diversiones de la capital, cosa que no se les permite hacer sin el permiso especial del Rey; y esto no es fácil de obtener porque la gente principal ha descubierto por frecuentes experiencias lo difícil que es convencer a sus esposas que vuelvan una vez abajo. Me contaron que una gran señora de la Corte, madre de varios hijos y casada con el Primer Ministro, el súbdito más rico del reino, persona muy agradable, sumamente enamorado de su mujer y que vive en el más hermoso palacio de la isla, bajó a Lagado pretextando salud, se ocultó allí durante varios meses hasta que el Rey dio una orden de búsqueda, y la encontraron en un oscuro fonducho toda cubierta de harapos, después de que empeñara sus vestidos para mantener a un viejo lacayo contrahecho que la pegaba todos los días y de cuya compañía la arrancaron

muy en contra de su voluntad. Y aunque el marido la recibió con todo el cariño del mundo y sin el mínimo reproche, pronto se las ingenió para escabullirse de nuevo con todas sus joyas e irse abajo con el mismo amante; y desde entonces no se ha vuelto a oír de ella.

Podrá parecer al lector que esta historia es más europea o inglesa que de un país tan remoto; mas considere, si le place, que los caprichos de la mujer no se circunscriben a ningún clima o nación y que son mucho más universales que lo que pueda fácilmente imaginarse.

En cosa de un mes adquirí un dominio tolerable de la lengua y podía responder a la mayor parte de las preguntas del Rey cuando me cabía el honor de estar en su compañía. Su Majestad no mostraba la mínima curiosidad por enterarse de las leyes, gobierno, historia, religión o costumbres de los países donde yo había estado, sino que se limitaba a preguntarme sobre el estado de las matemáticas, y recibía la información que le daba con gran desdén e indiferencia, aunque los *sacudidores* que tenía a cada lado lo despabilaban con frecuencia.

### Capítulo 3

**Explícase un cierto fenómeno mediante la filosofía y la astronomía modernas. Los grandes adelantos de los laputanos en esta última. El método del Rey para suprimir insurrecciones.**

Solicité permiso de aquel soberano para visitar los lugares de interés de la isla, y graciosamente se dignó concedérmelo ordenando a mi profesor que me acompañara. Lo que más me interesaba saber era a qué principios tecnológicos o naturales se debían sus varios movimientos, de lo cual ofrezco

ahora al lector un informe científico.

La Isla Voladora o Flotante es exactamente redonda, con un diámetro de 7.166 metros, o unas cuatro millas y media, y ocupa por tanto 4.300 hectáreas. Tiene doscientos setenta y cinco metros de espesor. La base o superficie inferior, visible a quienes la miran desde abajo, es una plancha de diamante lisa y uniforme que se eleva a una altura aproximada de ciento ochenta metros. Sobre ella se hallan los distintos minerales en el orden en que aparecen normalmente, y sobre todo esto hay una capa de fértil humus de tres o cuatro metros de espesor. El declive de la superficie superior, que va desde la circunferencia al centro, es la causa natural de que todo el rocío y lluvia que cae sobre la isla se canalice en pequeños arroyuelos hacia la parte central, donde vacían en cuatro vastos estanques de casi media milla de perímetro cada uno, que distan ciento ochenta metros del punto medio. Por el día el sol evapora sin interrupción el agua de estos estanques, lo cual impide que rebosen. Además, como está en poder del monarca elevar la isla por encima de la región de las nubes y nieblas, puede evitar la caída de rocío y lluvia siempre que le place; pues las nubes más altas no pueden elevarse a más de dos millas, según concuerdan en afirmar los naturalistas, o al menos en aquel país nunca se ha sabido que se elevaran tanto.

En el punto medio de la isla hay una sima de unos cuarenta y cinco metros de diámetro por la que los astrónomos descienden a una inmensa bóveda, que adecuadamente se llama *Flandona Gagnole*, o sea, *Cueva de los Astrónomos*, que se halla a una profundidad de noventa metros bajo el nivel superior del diamante. En esta cueva hay veinte lámparas ardiendo continuamente, que, por el reflejo del diamante, arrojan una luz potente por todas partes. El lugar está bien provisto de muchas clases de sextantes, cuadrantes, telescopios, astrolabios y otros instrumentos astronómicos. Pero lo más interesante de ver, de lo que depende el destino de la isla, es una piedra imán de tamaño colosal, parecida en su forma a una lanzadera de tejedor. Tiene cinco metros y



medio de largo, y en la parte más ancha al menos tres metros de lado a lado. Este imán lo sostiene un eje muy resistente de diamante que le pasa por la mitad y sobre el cual hace juego, y está tan perfectamente equilibrado que el brazo más débil puede hacerlo girar. Lo circunda un cilindro hueco de diamante de un metro veinte de alto, otro tanto de grueso y once metros de diámetro, colocado horizontalmente y sostenido por ocho pedestales de diamante de cinco metros y medio de alto cada uno. En el medio de la pared interior tiene una ranura de treinta centímetros de profundidad, en la que encajan los extremos del eje y giran según se necesita.

La piedra no puede moverla de su lugar fuerza ninguna porque el cilindro y sus pedestales forman una pieza enteriza con la masa de diamante que forma la base de la isla.

Por medio de esta piedra imán puede hacerse que la isla suba o baje y se mueva de un lado a otro; pues, dentro de los límites de aquella parte de la tierra sobre la que reina este monarca, posee la piedra una fuerza de atracción en uno de los extremos y otra de repulsión en el otro. Poniendo el imán vertical con el polo de atracción hacia la Tierra, la isla descende; pero cuando el polo de repulsión apunta hacia abajo, la isla sube en vertical para arriba. Cuando la posición de la piedra es oblicua, el movimiento de la isla es oblicuo también, pues en este imán las fuerzas siempre actúan en líneas paralelas a la dirección en que se orienta.

Con este movimiento oblicuo la isla se traslada a las diferentes regiones de los dominios del monarca. Expliquemos cómo avanza: Sea  $AB$  una línea que cruza el territorio de Balnibarbi, sea la línea  $cd$  la piedra imán de la cual sea  $d$  el polo de repulsión y  $c$  el de atracción, situándose la isla sobre  $C$ ; colóquese la piedra en la posición  $cd$  con el polo de repulsión hacia abajo; la isla se moverá entonces para arriba, oblicuamente hacia  $D$ . Cuando llegue a  $D$ , gírese la piedra sobre su eje hasta que el polo de atracción apunte hacia  $E$ , y entonces la isla se desplazará oblicuamente hacia  $E$ , donde, si se hace girar la piedra nuevamente sobre su eje

hasta quedar en la posición  $EF$ , con el polo de repulsión hacia abajo, la isla se elevará oblicuamente hacia  $F$ , desde donde, al mover el polo de atracción hacia  $G$ , la isla podrá moverse a  $G$ , y de  $G$  a  $H$  si se hace girar la piedra de modo que el polo de repulsión apunte directamente hacia abajo. Y así, cambiando la posición de la piedra tantas veces como sea preciso, se consigue que la isla unas veces suba y otras baje en dirección oblicua, y con tal alternancia de subidas y bajadas (la oblicuidad no es mucha) se traslada de una parte a otra de los dominios del Rey.

Pero debe tenerse en cuenta que la isla no puede moverse más allá de la extensión de los territorios de abajo ni puede elevarse a una altura superior a cuatro millas. La razón que los astrónomos (que han escrito enormes tratados sobre la piedra) dan al respecto es que la propiedad magnética no alcanza más de cuatro millas, y que el mineral que actúa sobre el imán en las entrañas de la tierra y en el mar a unas seis leguas de la costa, no se encuentra repartido por todo el globo, sino limitado a las fronteras de los dominios del Rey; y fue fácil, gracias a las grandes ventajas de situación tan privilegiada, que un soberano sometiera a su obediencia a todo país que se encontrara dentro del campo de acción de tal imán.

Cuando se sitúa la piedra paralela al plano del horizonte, la isla permanece inmóvil, pues en este caso los polos se encuentran a la misma distancia de la tierra y actúan con fuerzas iguales, uno tirando para abajo, el otro empujando para arriba, y en consecuencia no puede seguirse movimiento alguno.

Esta piedra imán está bajo la custodia de ciertos astrónomos que de vez en cuando la cambian de posición según las instrucciones del monarca. Pasan la mayor parte de la vida contemplando los cuerpos celestes, lo que hacen con ayuda de lentes muy superiores a las nuestras en calidad; pues aunque los telescopios más grandes que tienen no llegan al metro, aumentan mucho más que los nuestros de treinta y cinco, y permiten ver las estrellas con más claridad. Esta ventaja les

ha permitido ampliar sus descubrimientos mucho más que a nuestros astrónomos en Europa; pues han compilado un catálogo de diez mil estrellas fijas, mientras que el mayor de los nuestros no contiene más de una tercera parte de ese número. Han descubierto asimismo dos astros menores o *satélites* que giran alrededor de Marte, de los cuales el de dentro dista del centro del propio planeta exactamente tres veces su diámetro, y cinco el exterior; el primero da una vuelta completa en diez horas y el segundo en ventiuna y media, de modo que los cuadrados de sus períodos son casi exactamente proporcionales a los cubos de sus distancias del centro de Marte, prueba evidente de que los gobierna la misma ley de la gravedad que actúa sobre los otros cuerpos celestes.

Han observado noventa y tres cometas diferentes y fijado sus períodos con gran exactitud. Si esto es cierto (y ellos lo afirman con gran seguridad) cabría desear que sus observaciones se hicieran públicas, con lo cual el conocimiento de los cometas, que actualmente es muy imperfecto e incompleto, podría alcanzar la misma perfección que otras partes de la astronomía.

El Rey sería el soberano más absoluto del universo con sólo poder convencer a un gabinete a que se le uniera, pero como los ministros tienen sus propiedades abajo, en el continente, y saben que la profesión de privado es un cargo muy incierto, nunca se prestarán a esclavizar a su país.

Si una ciudad cualquiera se ve envuelta en rebelión o motín, incurre en facciones violentas o rehúsa pagar el tributo habitual, posee el Rey dos métodos para reducirla a la obediencia. El primero y más leve es mantener la isla en el aire sobre la tal ciudad y las tierras que la rodean, con lo cual puede privarlas de los beneficios del sol y la lluvia, y por tanto hacer que los habitantes sufran escasez y enfermedades. Y si el delito lo merece, se les arroja desde arriba grandes piedras, contra las que no pueden defenderse sino refugiándose en bodegas y cuevas, mientras los tejados de las casas son hechos añicos a fuerza de golpes. Pero si a pesar de eso continúan en

su obstinación o intentan sublevarse, recurre él al último remedio: hace que la isla les caiga justo encima, lo cual ocasiona la total destrucción de edificios y personas. Sin embargo, esto es una medida extrema a la que el soberano se ve pocas veces tentado a recurrir, y además que no le gusta ponerla en práctica, ni se atreven sus ministros a aconsejarle una acción que, al mismo tiempo de hacerlos odiosos a los ojos de la población, causaría un daño enorme en sus propiedades, que se encuentran todas abajo, pues la isla es patrimonio del Rey.

Pero hay una razón más importante todavía de por qué los reyes de aquel país han sido siempre renuentes a ejecutar acción tan terrible, excepto en la necesidad más imperiosa. Y es que si la ciudad que se decide destruir tuviera peñas altas, como suele pasar en las más grandes, quizá desde un principio erigidas en semejante lugar con la intención de evitar tal catástrofe, o tuviera muchos capiteles o columnas de piedra, podría suceder que una bajada brusca pusiera en peligro la base o superficie inferior de la isla, que aunque está hecha, como he dicho, de un diamante enterizo de ciento ochenta metros de espesor, pudiera partirse por un choque demasiado fuerte, o abrirse al acercarse demasiado al fuego de las casas de abajo, tal y como muchas veces pasa con el testero de hierro y piedra de nuestras chimeneas. El pueblo está bien enterado de todo esto y sabe bien hasta dónde puede llevar su obstinación, pues en ello se juega su libertad y sus bienes. Y el Rey, cuando se siente más provocado y está más resuelto a hacer escombros la ciudad machacándola, ordena que la isla baje muy despacito como si fuera por ternura hacia su pueblo, pero en realidad por temor de romper la diamantina base, cosa que si sucediera, opinan todos sus filósofos, impediría que la piedra imán sostuviera la isla por más tiempo y toda la masa caería al suelo.

Unos tres años antes de mi llegada allí, mientras el Rey andaba de gira sobre sus dominios, ocurrió un accidente extraordinario que bien pudo poner punto al destino de

aquella monarquía, al menos en su forma actual. Lindalino, la segunda ciudad del reino, fue la primera que Su Majestad visitó en su viaje. Tres días después de su partida, los habitantes, que a menudo se habían quejado de grandes opresiones, cerraron las puertas, apresaron al gobernador y con increíble rapidez y esfuerzo levantaron cuatro torres enormes, una a cada esquina de la ciudad, que es un cuadrado perfecto, e iguales de altas que un sólido peñasco puntiagudo que se encuentra clavado en el centro de la ciudad. En la parte superior de cada torre, así como encima del peñasco, aseguraron una piedra imán grande, y en caso de que sus previsiones no se realizaran, habían preparado una enorme cantidad del combustible más inflamable con la esperanza de hacer estallar con él la base de diamante de la isla si el plan de los imanes fracasaba.

Pasaron ocho meses antes de que el Rey se enterara de que los lindalinenses se habían rebelado. Mandó entonces que la isla volara hasta la ciudad. La población estaba unida y había acumulado provisiones; un río grande atraviesa la ciudad por medio. El Rey se mantuvo sobre ellos durante varios días para privarlos del sol y la lluvia. Ordenó descolgar gran número de bramantes, pero a nadie se le ocurrió mandar petición alguna, sino, en vez de eso, exigencias muy enérgicas, la reparación de todos sus agravios, importantes prerrogativas, poder para elegir a su propio gobernador y otras desmesuras semejantes. Tras esto Su Majestad ordenó a todos los habitantes de la isla que arrojaran grandes piedras desde la galería inferior y sobre la ciudad; pero los habitantes se habían precavido de este inconveniente metiéndose ellos y sus efectos en las cuatro torres y otros edificios sólidos y en bóvedas subterráneas.

Resuelto ya el Rey a reducir a aquel pueblo arrogante, ordenó que la isla descendiera despacio hasta treinta y cinco metros de la punta de las torres y el peñasco. Así se hizo, pero los operadores encargados de aquella labor descubrieron que el descenso era mucho más rápido que de costumbre y que

girando la piedra no podían sino muy difícilmente mantenerla en una posición estable, y que la isla tendía a caer. Enviaron al Rey rápido conocimiento de este hecho extraordinario y solicitaron el permiso de Su Majestad para elevar la isla un poco más; el Rey dio su consentimiento, se convocó un consejo general y se ordenó que asistieran los operadores de la piedra imán. Uno de los más viejos y expertos de entre ellos obtuvo permiso para llevar a cabo un experimento. Tomó un fuerte cordel de noventa metros de largo y, habiéndose elevado la isla sobre la ciudad por encima del campo de atracción que habían sentido, ató al extremo del cordel un trozo de diamante que tenía una mezcla de mineral de hierro de la misma naturaleza de que está hecha la base o superficie inferior de la isla, y lo fue soltando despacio desde la galería más baja hacia la cúspide de las torres. No había descendido el diamante cuatro metros cuando el operador sintió que era atraído con tanta fuerza para abajo que se veía mal para tirar de él para arriba. Arrojó después varios trocitos de diamante y observó que eran atraídos bruscamente hacia la parte superior de una torre. El mismo experimento se realizó sobre las otras tres torres y el peñasco, todo con idéntico resultado.

Este lance rompió por completo las previsiones del Rey y (para no detenernos más en otros pormenores) se vio obligado a otorgar a la ciudad sus propias condiciones.

Un ministro importante me aseguró que, si la isla hubiera descendido tanto cerca de la ciudad como para no haber podido levantarse, los habitantes de la ciudad estaban decididos a ajustar cuentas para siempre, matar al Rey y a todos sus servidores y cambiar el sistema de gobierno totalmente.

Por una ley fundamental de aquel reino ni el Rey ni ninguno de sus dos hijos mayores están autorizados a abandonar la isla, ni la Reina hasta que ha pasado la edad de tener hijos.

## Capítulo 4

**El autor abandona Laputa. Es conducido a Balnibarbi y llega a la metrópoli. Descripción de la capital y de la región vecina. Un gran señor recibe con hospitalidad al autor. Su conversación con este señor.**

Aunque no puedo decir que me trataran mal en aquella isla, debo confesar sin embargo que me sentí excesivamente desatendido y en cierta medida despreciado, pues ni el soberano ni la demás gente parecían tener interés alguno en otra rama del saber que la matemática y la música, en las cuales era yo muy inferior a ellos, y en consecuencia tenido en poco.

Por otro lado, después de haber visto todas las cosas de interés de la isla, estaba deseando abandonarla, pues había quedado más que harto de aquella gente. Es cierto que descuellan en dos ciencias por las que siento gran estima y en las cuales no soy poco ducho, pero al mismo tiempo están tan absortos e inmersos en sus especulaciones que nunca me vi en compañía tan desagradable. Me relacioné sólo con mujeres, menestrales, *sacudidores* y pajes de la Corte durante los dos meses que allí viví, por lo cual acabé siendo sumamente odiado, aunque aquellas fueron las únicas personas de quienes pude alguna vez recibir una respuesta razonable.

Estudiando con ahínco conseguí un buen nivel de conocimientos de su idioma, pero estaba cansado de verme recluido en una isla donde se me hacía tan poco caso, y decidí abandonarla a la primera oportunidad.

Había en la Corte un gran señor, pariente cercano del Rey y, sólo por esa razón, tratado con respeto. Allí lo tenía todo el mundo por la persona más ignorante y estúpida entre todos

ellos. Había prestado muchos servicios notables a la Corona, poseía grandes dones naturales y adquiridos, estaba adornado de integridad y honor, pero tenía tan mal oído para la música que sus difamadores contaban que muchas veces se le había visto marcar el compás equivocadamente; y sus profesores no podían sino con la máxima dificultad enseñarle a demostrar la más simple proposición de las matemáticas. Tuvo a bien distinguirme con muchas muestras de su favor, a menudo me hacía el honor de visitarme, pedía que le informara sobre las cosas de Europa, las leyes y tradiciones, las costumbres y la cultura de los diversos países adonde había viajado. Me escuchaba con gran atención y hacía comentarios muy acertados sobre todo lo que yo decía. Tenía dos *sacudidores* que lo acompañaban por etiqueta, pero nunca hacía uso de ellos excepto en la Corte y en visitas protocolarias, y siempre les ordenaba retirarse cuando estábamos los dos solos.

Supliqué a este ilustre personaje que intercediera por mí ante Su Majestad para que me permitiera marchar y así lo hizo, con pesadumbre, según tuvo a bien comunicarme, pues la verdad es que me había hecho varios ventajosos ofrecimientos, que rechacé, expresándole mi más profundo agradecimiento.

El 16 de febrero me despedí de Su Majestad y la Corte. El Rey me hizo un regalo por valor de unas doscientas libras inglesas, y mi valedor, su pariente, otro tanto junto con una carta de recomendación para un su amigo de Lagado, la capital; y como la isla se encontrara entonces sobre una montaña a unas dos millas de ella, me descolgaron desde la galería inferior de la misma manera en que me izaron.

El territorio continental sometido al monarca de la Isla Voladora se conoce por el nombre general de Balnibarbi y la metrópoli, como dije antes, se llama Lagado. Sentí una cierta satisfacción al verme en tierra firme. Caminé hacia la ciudad sin ninguna preocupación, vestido como iba al igual que los naturales, y lo bastante instruido para hablar con ellos. Pronto



di con la casa de la persona a quien se me recomendaba, le mostré la carta de su amigo, el grande de la isla, y fui recibido muy amablemente. Este gran señor, que se llamaba Munodi, mandó que se me dispusiera un aposento en su casa, donde me quedé durante mi estancia y se me trató de la manera más hospitalaria.

La mañana después de mi llegada me llevó en su calesín a ver la ciudad, que es casi la mitad de grande que Londres, pero las casas están hechas de una manera muy rara y la mayoría no tienen arreglo. La gente en la calle andaba de prisa, el aspecto fiero, fija la mirada, y en general cubierta de harapos. Pasamos por una de las puertas de la ciudad y nos internamos unas tres millas en el campo, donde vi a muchos peones trabajando el suelo con varios tipos de herramientas, pero no fui capaz de adivinar qué andaban haciendo ni vi promesa alguna de grano o hierba, aunque el terreno parecía ser excelente. No pude menos de mostrar mi sorpresa ante aquellas extrañas apariencias, tanto en la ciudad como en el campo, y me atreví a pedir a mi guía que tuviera la amabilidad de explicarme qué significaban tantos cerebros, manos y caras ocupadas en las calles y en los campos, pues no podía ver yo que produjeran ningún buen resultado, sino que al contrario, nunca vi tierra tan mal cultivada, casas tan mal diseñadas y tan en ruinas, ni gente cuyo semblante y atuendo expresara tanta aflicción y miseria.

Este señor Munodi era persona de primerísimo rango y había sido gobernador de Lagado algunos años, pero una camarilla de ministros lo exoneró de sus funciones por incompetencia. Sin embargo, el Rey lo trataba con delicadeza, como a hombre de buenas intenciones pero de corto y despreciable entendimiento.

Cuando formulé aquella crítica abierta del país y sus habitantes, no respondió otra cosa sino que no llevaba tiempo suficiente entre ellos para poder formarme una opinión, y que las diferentes naciones del mundo tienen costumbres

diferentes, y añadió otros lugares comunes en el mismo sentido. Pero, cuando regresamos a su palacio, me preguntó qué me parecía el edificio, qué incongruencias notaba y qué quejas tenía de la vestimenta o la apariencia de su servidumbre. Bien pudo preguntar, pues todo lo que le rodeaba era magnífico, normal y elegante. Respondí que la discreción de Su Excelencia, su rango y fortuna, lo habían librado de aquellos errores que la locura y la miseria habían provocado en otros. Dijo que si quería acompañado a su casa de campo, a unas veinte millas de distancia, donde tenía su hacienda, gozaríamos de más tranquilidad para esta suerte de conversación. Dije a Su Excelencia que estaba enteramente a su disposición, y en consecuencia nos pusimos en camino a la mañana siguiente.

Durante el viaje me hizo observar los varios métodos que usaban los agricultores para trabajar sus tierras, que me parecieron totalmente inexplicables, pues, excepto en contadísimos lugares, no pude ver ni una espiga de cereal ni una brizna de hierba. Pero a las tres horas de camino el panorama cambió completamente; nos adentramos en un paisaje bellísimo: las casas de labor estaban primorosamente construidas y no muy distantes entre sí, los campos cercados, fueran viñedos, mies o prados. No recuerdo haber contemplado vista más deleitosa. Su Excelencia notó que el semblante se me iluminaba; me dijo suspirando que allí comenzaba su hacienda y que así era todo hasta llegar a la casa, que sus compatriotas lo ridiculizaban y despreciaban por no administrar sus negocios mejor y por dar al reino tan mal ejemplo, que sin embargo seguían unos cuantos viejos testarudos y flojos como él.

Llegamos por fin a la casa, que era en verdad una estructura noble, construida según las mejores normas de la antigua arquitectura. Las fuentes, paseos, avenidas y bosquecillo estaban todos dispuestos con un criterio y buen gusto escrupulosos. Elogié justamente todo lo que veía, a lo cual Su Excelencia no hizo caso hasta después de cenar, cuando,

sin terceros delante, me dijo con tristísimo semblante que se temía que tendría que derribar las casas que tenía en la ciudad y en el campo para reconstruirlas de acuerdo con la nueva moda, destruir todas sus plantaciones y establecer otras en la forma que exigía el uso moderno, y ordenar a todos sus colonos que hicieran lo mismo a menos que optara por resignarse a sufrir las críticas de soberbia, individualismo, esnobismo, ignorancia y capricho, y quizá acrecentar la indignación de Su Majestad; que la admiración que yo parecía sentir pasaría o disminuiría cuando me contara algunas cosillas que probablemente nunca oí en la Corte, pues la gente allí andaba demasiado absorta en sus especulaciones para prestar atención a lo que pasaba allá abajo.

La esencia de su discurso vino a ser ésta: Que unos cuarenta años atrás algunos individuos subieron a Laputa, ya por negocios o para divertirse, y al cabo de cinco meses de estancia allí volvieron con muy escasas nociones de matemáticas, pero henchidos del espíritu volátil que habían adquirido en aquella etérea región; que a estas personas, en cuanto volvieron, empezó a no gustarles la manera en que se hacían todas las cosas allí abajo y se metieron en proyectos para poner todas las artes, ciencias, idiomas y tecnologías sobre una nueva base. Con tal propósito consiguieron un privilegio real para construir una Academia de proyectistas en Lagado; y el capricho prevaleció tanto entre la población, que no hay ciudad que se precie en el reino que no tenga una academia tal. En estos colegios los profesores inventan nuevos sistemas y métodos de agricultura e ingeniería, y nuevos instrumentos y herramientas para todas las industrias y artesanías, con las cuales, según prometen, un hombre hará el trabajo de diez; un palacio puede construirse en una semana y con materiales tan imperecederos que durará para siempre sin arreglo alguno. Todos los frutos de la tierra madurarán en cualquier época que se nos antoje elegir y serán cien veces más abundantes que actualmente, amén de otros muchos felices planteamientos. El único inconveniente es que hasta ahora

ninguno de estos proyectos ha alcanzado la perfección, y mientras tanto la tierra toda yace tristemente baldía, las casas en ruinas y la población sin comida ni ropa. En vez de desalentarse por todo esto, se sienten cincuenta veces más arrebatados por su empeño de sacar adelante sus proyectos, espoleados a partes iguales por la esperanza y la desesperación; y, en cuanto a él, como no fuera de espíritu emprendedor, se contentaba con seguir chapado a la antigua, vivir en las casas que sus antecesores habían construido y conducirse como ellos en todas las cosas de la vida, sin innovaciones. Que algunos otros miembros de la nobleza y la alta burguesía habían hecho lo mismo, pero se los miraba con malos ojos y desprecio por ser enemigos del arte, ignorantes y malos patriotas, que anteponían su propio bienestar e indolencia al mejoramiento general de su país.

Añadió Su Señoría que no me adelantaría más detalles del placer que seguramente me produciría visitar la gran Academia, adonde estaba resuelto que yo fuera, pero me pidió que observara un edificio en ruinas en la ladera de una montaña a unas tres millas de distancia, del cual me contó lo que sigue: Que tenía él un molino de mucho provecho a media milla de su casa, que lo movía el ramal de un gran río, y que alcanzaba de sobra para su familia, así como para gran número de sus colonos; que hacía unos siete años una pandilla de aquellos proyectistas fue a él con planes para destruir el molino y construir otro en la ladera de aquella montaña, en la cresta longitudinal de la cual debería excavarse un extenso canal como depósito de agua, que se elevaría allá por medio de tuberías y máquinas con el fin de abastecer el molino, porque en una altura el viento y los aires agitan el agua haciéndola más apta para el movimiento, y porque el agua al descender por una pendiente haría girar el molino con la mitad del caudal de un río, que tiene el curso más horizontal. Dijo que, como no se encontrara entonces muy bien visto en la Corte y muchos amigos insistieran, aceptó la propuesta y, después de emplear a cien hombres durante dos años, la obra se malogró, los proyectistas se marcharon echándole a él toda la culpa, y

desde entonces siguen zahiriéndolo e incitando a otros al mismo experimento, con las mismas promesas de éxito y también con la misma decepción.

Días después regresamos a la ciudad y Su Excelencia, teniendo en cuenta la mala reputación que tenía en la Academia, no quería ir conmigo, sino que me recomendó a un amigo suyo para que me acompañara allí. Mi huésped tuvo el gusto de referirse a mí como gran admirador de proyectos y persona muy curiosa y de fe fácil, lo que en verdad no era falso del todo, pues en mis años jóvenes tuve algo de proyectista.

## Capítulo 5

### **Donde se permite al autor visitar la augusta Academia de Lagado. Detallada descripción de la Academia. Artes en las que se ocupan los profesores.**

Esta Academia no es un edificio único, sino una serie de varias casas a ambos lados de una calle que, como fueran quedándose deshabitadas, fueron adquiridas y destinadas a tal uso.

Me recibió muy amablemente el Director y fueron muchos los días en los que fui a la Academia. Cada habitación acomoda a uno o dos proyectistas, y calculo que no estuve en menos de quinientas.

El primer hombre que vi era de aspecto raquítico, las manos y la cara como el hollín de negras, luenga la barba y el pelo, andrajoso y chamuscado por varios sitios. La ropa, la blusa y la piel las tenía todas de la misma color. Llevaba ocho años en un proyecto para extraer rayos de sol de los pepinos, rayos que, una vez envasados en frascos herméticamente cerrados, podrían soltarse para que caldearan el ambiente en veranos recios y destemplados. Me dijo que no dudaba que en el plazo

de otros ocho años podría abastecer de luz solar los jardines del Gobernador a un precio razonable, pero se quejaba de andar escaso de caudales y me suplicó que le diera algo a manera de estímulo al ingenio, especialmente porque aquel año los pepinos estaban muy caros. Pude hacerle una pequeña dádiva, pues mi anfitrión me había facilitado dinero para tal fin, conociendo la costumbre de esta gente de pedir a todo el que va a verlos.

Entré en otro cuarto, pero me eché atrás enseguida por un hedor terrible que casi me tumba. Mi acompañante me empujó adelante suplicándome en un susurro que no diera motivo de ofensa, que se tomaría muy a mal, así que no me atreví ni a taparme la nariz. El proyectista de esta celda era el investigador más antiguo de la Academia. La cara y la barba las tenía de un amarillo pálido, las manos y la ropa completamente embadurnadas de porquería. Cuando nos presentaron me dio un abrazo muy fuerte (cortesía que bien le hubiera excusado). Su ocupación desde que llegó a la Academia era un procedimiento para convertir el excremento humano en el alimento que originalmente es, separando los diversos componentes, retirando el tinte que le da la bilis, haciendo que el olor se evaporara y purificándolo de la saliva. Recibía de la Sociedad la donación semanal de un recipiente lleno de heces humanas del tamaño de un tonel de Bristol.

Vi a otro trabajando en la calcinación del hielo para hacer pólvora, que me enseñó un tratado que había escrito sobre la maleabilidad del fuego, y quería publicarlo.

Había un arquitecto la mar de ingenioso que había inventado un nuevo método para construir casas empezando por el tejado y continuando la obra hacia abajo hasta los cimientos, lo cual me justificó citando la semejanza con el método de aquellos dos sabios insectos, la abeja y la araña.

Había uno, ciego de nacimiento, que tenía a varios aprendices de su misma condición. Su ocupación era mezclar colores para pintores, a distinguir los cuales les enseñaba su maestro por el tacto y el olfato. Fue verdadera mala suerte por mi parte que en aquella ocasión no los encontrara muy cabales en sus enseñanzas, y coincidió también que el profesor

mismo se equivocó una y otra vez. Este artista goza del estímulo y del aprecio de toda la cofradía.

En otro departamento tuve el gran gusto de ver a un proyectista que había descubierto una estratagema para arar la tierra con puercos a fin de ahorrar los costes de arados, ganado y trabajo. He aquí el método: en media hectárea de terreno se entierra a intervalos de quince centímetros y a veinte de profundidad una cierta cantidad de bellotas, dátiles, castañas y otros frutos similares, o verduras de las que más gustan a estos animales; se llevan luego seiscientos o más de ellos al campo, donde en pocos días levantarán todo el terreno hozando en busca de la comida y lo dejarán pintiparado para sembrar, abonándolo al mismo tiempo con sus deyecciones. Es cierto que comprobaron experimentalmente que el gasto y la molestia eran muy grandes, y obtuvieron poca o ninguna cosecha, sin embargo no dudan de que este invento pueda perfeccionarse mucho.

Entré en otra habitación cuyo techo y paredes estaban totalmente cubiertas de telarañas, no quedando sino una angosta abertura para entrar y salir el artista. Al entrar me gritó que no le tocara las telarañas. Lamentaba la fatal equivocación en que el mundo llevaba sumido tanto tiempo usando gusanos de seda, cuando él tenía tal abundancia de insectos domésticos infinitamente superiores a aquéllos porque entendían de tejer tanto como de hilar; y además mantenía que utilizando arañas se ahorra completamente el gasto de teñir sedas, de lo cual me convenció cuando me enseñó una enorme cantidad de moscas de muy hermosos colores con las que alimentaba a las arañas, asegurándonos que las telas adquirirían el colorido de ellas; y, como las tuviera en todos los tonos, esperaba satisfacer los caprichos de todo el mundo en cuanto pudiera obtener comida adecuada para las moscas a base de ciertas gomas, aceites y otras sustancias glutinosas que dieran fuerza y consistencia a los hilos.

Había un astrónomo entregado a la empresa de instalar un reloj de sol sobre la gran veleta de la casa consistorial, en el que iban concertados los movimientos anuales y diarios de la Tierra y el Sol para que correspondieran y coincidieran con

todos los giros fortuitos del viento.

Iba quejándome de un ligero cólico y mi acompañante me llevó a una habitación donde se alojaba un eminente médico, famoso porque curaba esa dolencia con operaciones inversas de un mismo instrumento. Tenía un fuelle enorme con una boquilla larga y delgada de marfil. Ésta la introducía veinte centímetros ano arriba y, extrayendo aire, afirmaba, podía dejar las tripas tan huecas como una vejiga seca. Pero cuando el mal era más rebelde y violento, introducía la boquilla con el fuelle lleno de aire y lo descargaba en el cuerpo del paciente, extraía luego el instrumento para hincharlo de nuevo, mientras apretaba fuertemente con el pulgar sobre el orificio del nalgatorio y, tras repetir esto tres o cuatro veces, el viento intruso se precipitaba fuera llevándose de paso lo malsano (como agua que se echa en una bomba) y el paciente se recuperaba. Lo vi poner en práctica ambos experimentos con un perro, pero no pude advertir efecto alguno del primero. Después del segundo, el animal quedó para explotar y soltó una descarga lo bastante violenta para afectarnos muy seriamente a mí y a quienes me acompañaban. El perro murió en el acto y dejamos al doctor, tratando de resucitarlo por el mismo procedimiento.

Visité muchas otras salas, pero no molestaré a mis lectores con todas las curiosidades que vi, celoso como soy de la brevedad.

Hasta entonces había visto solamente una parte de la Academia, pues la otra estaba destinada a los adelantados del saber especulativo, de quienes diré algo cuando haya mencionado a otro ilustre personaje a quien llaman *el artista universal*. Nos contó que llevaba treinta años con el pensamiento puesto en el mejoramiento de la vida humana. Tenía dos enormes habitaciones llenas de asombrosas curiosidades y cincuenta hombres trabajando. Unos andaban condensando aire hasta convertirlo en una sustancia seca al tacto, quitándole el nitro y dejando que se filtraran las partículas acuosas o fluidas; otros ablandaban mármol para almohadas y almohadillas; petrificaban otros los cascos de un caballo vivo para evitar que sufriera atronamientos. El



artista, por su parte, se ocupaba en aquel momento de dos importantes proyectos: el primero, sembrar tierra con los desperdicios de los granos, en donde afirmaba residía la verdadera propiedad seminal, según demostró con varios experimentos que no tuvo cacumen suficiente para asimilar. Era el otro evitar, con un compuesto de gomas, minerales y plantas, aplicado exteriormente, que les creciera lana a dos corderitos; y confiaba que en un tiempo razonable propagaría la especie de la oveja desnuda por todo el reino.

Cruzando por un paseo llegamos a la otra parte de la Academia, donde, como queda dicho, residen los proyectistas del saber especulativo.

El primer profesor que vi estaba en una habitación enorme con cuarenta discípulos a su alrededor. Después de los saludos, viéndome mirar con interés un aparato que ocupaba la mayor parte del largo y ancho de la habitación, dijo que tal vez me sorprendiera verle dedicado a un proyecto para el perfeccionamiento del conocimiento especulativo por medio de procedimientos prácticos y mecánicos, pero que el mundo pronto conocería su utilidad, y se jactaba de que nunca idea más noble y sublime brotó del cerebro de otro hombre; que todo el mundo sabe cuán trabajoso es el método habitual de adquirir artes y ciencias, mientras que con su invento el más ignorante podía, a un precio razonable y con un pequeño esfuerzo físico, escribir libros de filosofía, poesía, política, leyes, matemática y teología con la mínima necesidad de ingenio o estudio. Me llevó luego ante el aparato, alrededor del cual todos sus discípulos estaban colocados en filas. Tenía seis metros por cada uno de sus cuatro lados y ocupaba el centro de la habitación. La parte superior estaba formada por varios trozos de madera del tamaño aproximado al de un dado, pero unos mayores que otros. Todos estaban unidos entre sí con varillas metálicas. Estos trozos de madera estaban cubiertos por cada cara con papeles pegados, y en estos papeles estaban escritas todas las palabras de su idioma en sus diferentes modos, tiempos y declinaciones, pero sin orden ninguno. El profesor me rogó luego que estuviera atento, pues se disponía a poner su máquina en funcionamiento. A

una orden suya, cada uno de los discípulos empuñó una manilla de hierro de las cuarenta que había fijadas alrededor de los bordes del aparato y, dándoles un giro brusco, la disposición toda de las palabras cambió completamente. Mandó luego a treinta y seis de los jóvenes que leyeran despacio las diferentes líneas según aparecían sobre el aparato; y cuando encontraban tres o cuatro palabras que podían formar parte de una oración las dictaban a los otros cuatro muchachos, que eran copistas.

Esta tarea se repitió tres o cuatro veces, y el aparato estaba ideado de tal forma que a cada giro las palabras adoptaban nuevas posiciones según se daban la vuelta los taquitos de madera.

Seis horas diarias pasaban los jóvenes estudiantes ocupados en aquella labor, y el profesor me enseñó varios volúmenes en infolio grande llenos ya de frases partidas, que pensaba juntar y de aquel material tan rico dar al mundo un corpus completo de todas las artes y ciencias, que no obstante podría perfeccionarse y acelerarse todavía más si el público recaudara un fondo para construir y mantener quinientos aparatos semejantes en Lagado, y obligar a los encargados a cooperar en común con sus respectivas recopilaciones.

Me aseguró que aquel invento le había tenido ocupado el pensamiento desde su juventud, que había volcado todo su vocabulario en el aparato y calculado con el máximo rigor todas las proporciones numéricas que hay en los libros entre partículas, nombres y verbos y otras partes de la oración.

Expresé mi más humilde reconocimiento a aquel ilustre personaje por su gran afabilidad y le prometí que si alguna vez me cupiera la fortuna de regresar a mi patria le haría justicia como inventor exclusivo de tan maravillosa máquina, la forma y artificio de la cual le pedí permiso para trazar sobre papel, como en la figura adjunta. Le dije que aunque nuestros sabios en Europa tienen la costumbre de robarse inventos unos a otros, lo cual produce al menos la ventaja de que surjan polémicas sobre quién es el verdadero propietario, yo me andaría con cuidado para que él tuviera todo el honor, sin ningún rival.

Seguidamente pasamos a la escuela de idiomas, donde tres

profesores estaban sentados, deliberando sobre cómo perfeccionar el de su país.

El primer proyecto era abreviar el discurso reduciendo los polisílabos a una sílaba y eliminando verbos y adjetivos, porque en realidad todas las cosas que pueden imaginarse no son sino nombres.

El otro proyecto era un esquema para suprimir total y absolutamente todas las palabras; y esto se recomendaba encarecidamente como un gran beneficio desde el punto de vista de la salud y de la brevedad, pues es evidente que cada palabra que hablamos significa en cierta medida la disminución de los pulmones por desgaste, y por tanto contribuye a acortar la vida. Se ofrecía por tanto una solución, y era que, como las palabras son sólo nombres de *cosas*, más práctico sería que todos los hombres llevaran encima las *cosas* que necesitaran para expresar concretamente aquello de lo que tuvieran que hablar. Y este invento se habría puesto en práctica, para mayor comodidad y salud del individuo, si las mujeres junto con la plebe y los analfabetos no hubieran amenazado con alzarse en rebelión si no se les daba libertad para hablar con la lengua según el uso de sus abuelos, que tan irreconciliable enemigo de la ciencia es siempre el vulgo. No obstante, muchos de los más doctos y sabios han abrazado el nuevo método de expresarse por medio de *cosas*, que conlleva sólo un inconveniente, y es que si un hombre tiene que tratar un asunto muy amplio y variado se ve obligado naturalmente a llevar a cuestas un bulto más grande de *cosas*, a menos que pueda permitirse el lujo de uno o dos criados que lo acompañen. A menudo vi a dos sabios de éstos casi derrengados bajo el peso de los fardos, como nuestros vendedores ambulantes, que cuando se veían en la calle echaban al suelo sus cargas, abrían el costal y sostenían una conversación durante una hora entera; guardaban luego sus instrumentos, se ayudaban uno al otro a echarse otra vez la carga y se despedían.

Pero para conversaciones cortas un hombre puede llevar en los bolsillos y bajo los brazos instrumentos de sobra para manejarse, y en casa nunca se encontrará sin saber qué decir; por eso la habitación donde se reúnen quienes practican este

arte está llena de todas las *cosas*, puestas bien a mano, que puedan proporcionar materia para este tipo de charla artificial.

Otro gran beneficio que ofrecía este invento era su utilización como idioma universal, que pudiera entenderse en todas las naciones civilizadas cuyos productos y utensilios son por lo general del mismo tipo o casi parecidos, de manera que sus aplicaciones pudieran comprenderse fácilmente. Así los embajadores estarían capacitados para negociar con soberanos extranjeros o ministros de gobierno cuyo idioma desconocieran totalmente.

Fui a la escuela de matemática, donde el profesor instruía a sus discípulos siguiendo un método difícilmente imaginable entre nosotros en Europa. La proposición y la demostración aparecían escritas claramente en una oblea fina con tinta hecha de un jarabe para la cabeza. Esto tenía que tragárselo el estudiante con el estómago en ayunas y no comer nada sino pan y agua durante los tres días que seguían. Al digerir la oblea, el jarabe se le subía al cerebro llevándose la proposición al mismo tiempo. Pero hasta ahora el resultado ha defraudado, ya por algún error de *dosis* o de composición, ya por la picardía de los mozalbetes, a quienes da tanto asco esa píldora que por lo general se escabullen subrepticamente y la expulsan por arriba antes de que pueda hacer operación; y tampoco se les ha persuadido para que guarden una abstinencia tan larga como la que exige la receta.

## Capítulo 6

**Más información sobre la Academia. Propone el autor ciertas mejoras, que son honrosamente recibidas.**

En la escuela de proyectistas políticos lo pasé bastante mal, ya que, a mi juicio, los profesores estaban totalmente fuera de sus cabales, que es un espectáculo que siempre me

entristece. Andaban aquellos infelices discurriendo planes para persuadir a los monarcas a elegir a sus privados en razón de su sabiduría, capacidad y virtud; para enseñar a los ministros a tener en cuenta el bien público; para recompensar el mérito, los grandes talentos y los servicios notables; para instruir a los soberanos a que sepan cuáles son sus verdaderos intereses, haciéndoles ver que se sustentan en los mismos cimientos que los de su pueblo; para colocar en puestos oficiales a personas capacitadas para ejercerlos, y otros muchos imposibles y quiméricos dislates que nunca antes cabeza humana fue capaz de concebir y que me confirmaron en la antigua sentencia de que no hay nada tan disparatado e irracional que algunos filósofos no lo hayan sostenido como verdad.

Pero, sin embargo, haré justicia a aquella sección de la Academia, llegando a reconocer que no todos ellos eran tan visionarios. Había un doctor inteligentísimo que daba la impresión de estar perfectamente ilustrado en toda la naturaleza y sistema de gobernar. Esta eminente persona había dedicado sus investigaciones, muy provechosamente, a descubrir remedios eficaces para todos los males y corrupciones a las que las diversas formas de la administración pública se hallan sometidas a causa de los vicios y debilidades de aquellos que gobiernan, así como por el libertinaje de aquellos que han de obedecer. Por ejemplo, considerando que todos los escritores y pensadores están de acuerdo en que existe una semejanza general y evidente entre el cuerpo natural y el político, ¿puede haber algo más obvio que la necesidad de proteger la salud de ambos y que sus dolencias se curen con el mismo recetario? Es voz común que los senados y grandes asambleas se ven frecuentemente aquejados de desbordantes, inflamatorios y mórbidos humores, de muchas enfermedades de la cabeza y más del corazón, de convulsiones violentas acompañadas de dolorosas contracciones de nervios y tendones en las dos manos y especialmente la derecha, de mala bilis, flatulencias, vértigos

y delirios, de tumores escrofulosos llenos de materia fétida y purulenta, de hediondos eructos con espumarajos, de hambre canina y de malas digestiones, amén de muchos otros achaques que no es preciso mencionar. Proponía por tanto aquel doctor que, al ir a reunirse un senado, asistieran algunos médicos a las sesiones de los tres primeros días, y al final de los debates de cada día tomaran el pulso a cada senador, tras lo cual, habiendo considerado y consultado detenidamente la naturaleza de las diferentes dolencias y los medios para curarlas, volverían al senado el cuarto día acompañados de boticarios provistos de los medicamentos adecuados, y antes de que los senadores se sentaran, le administrarían a cada uno de ellos lenitivos, aperitivos, purgantes, cáusticos, astringentes, paliativos, laxantes, cefalálgicos, ictéricos, apoflemáticos y acústicos según lo requiriera cada caso; y conforme al efecto que produjeran estas medicinas, las repetirían, alterarían u omitirían a la siguiente reunión.

Este proyecto no supondría gran dispendio para el público y podría, en mi modesta opinión, ser muy útil para despachar negocios en aquellos países donde los senados participan de algún modo en el poder legislativo, engendraría unanimidad, abreviaría los debates, abriría unas cuantas bocas que ahora están cerradas, cerraría muchas más que ahora están abiertas, refrenaría la petulancia de los jóvenes y corregiría el dogmatismo de los viejos, despabilaría al torpe y templaría al impertinente.

También, como todo el mundo se queja de que los favoritos de los soberanos sufren de escasa y débil memoria, los mismos doctores proponían que quienquiera que se entrevistara con un primer ministro debería, después de haberle comunicado lo que fuera con la máxima brevedad y en las palabras más claras, darle, al marcharse, un torniscón en las narices, o una patada en la barriga, o un pisotón en los callos, o tres tirones de las dos orejas, o un alfilerazo a través del calzón, o un pellizco en el brazo hasta dejárselo amoratado, para evitar que le fallara la memoria; y que repitiera la misma operación

cada día de audiencia hasta que el asunto se resolviera o se rechazara del todo.

De igual modo ordenaba que todo senador del gran consejo de la nación, después de expresar su opinión y defenderla con argumentos, debería estar obligado a emitir un voto justamente contrario a ella, porque si tal se hiciera el resultado redundaría finalmente en el bien de la gente.

Para reconciliar a los partidos de un estado cuando andan violentos, proponía un invento maravilloso. He aquí el método: se toman cien dirigentes de cada partido y se mezclan por parejas tales que las dos cabezas sean del tamaño más aproximado posible, que luego dos diligentes operarios sierren al mismo tiempo el *occipucio* de cada pareja de tal modo que el cerebro quede dividido en partes iguales, e intercámbiense los *occipucios* así cortados, aplicando cada uno a la cabeza del colega del otro partido. Ciertamente parece que la operación requiere cierta precisión, y el profesor nos aseguraba que si se ejecutaba con pericia la cura era infalible. Pues razonaba así: Que dejando que las dos mitades de cerebro discutieran el asunto entre sí en el recinto de un solo cráneo, pronto llegarían a algún entendimiento, y producirían aquella mesura y uniformidad de pensamiento que tanto se ansía ver en las cabezas de quienes imaginan que sólo han venido al mundo a contemplar y gobernar sus movimientos; y en cuanto a aquello de que los cerebros de los jefes de partido difieren en cantidad o cualidad, el doctor, apoyándose en sus conocimientos, nos aseguraba que era pura bagatela.

Escuché un debate muy acalorado entre dos profesores sobre las más convenientes y eficaces formas y medios de recaudar dinero sin afligir a los súbditos. El primero afirmaba que el método más justo era establecer un impuesto sobre vicios y locuras, y que la suma señalada a cada individuo la estipulara de la manera más imparcial un jurado formado por sus vecinos. El segundo opinaba justo lo contrario: que se gravaran los atributos físicos e intelectuales por los que los hombres más se estiman a sí mismos, y que la contribución

fuera mayor o menor según los niveles de eminencia, quedando exclusivamente la fijación de tales niveles a su propia conciencia. El impuesto más alto recaería en quienes son grandes favoritos del otro sexo, y los gravámenes corresponderían al número y carácter de los favores que hubieran recibido, de lo cual se les permitiría ser sus propios garantes. Agudeza, valor y cortesía también proponía que pagaran fuertes tributos, que se recaudarían de la misma manera, cada cual dando su palabra por la cantidad que tuviera. Pero en cuanto al honor, la justicia, la prudencia y la sabiduría, estarían totalmente exentos de impuestos, pues son cualidades de categoría tan singular que nadie las reconocerá nunca en un vecino o las valorará en sí mismo.

A las mujeres proponía que se les gravara la belleza y la destreza en vestirse, en lo cual tenían el mismo privilegio que los hombres, es decir, quedando la decisión a su propio juicio. Pero la fidelidad, la castidad, el buen juicio y la amabilidad no eran imponibles, porque no amortizarían el gasto de cobrarlas.

Para mantener a los senadores afectos a la corona se proponía que se rifaran los cargos, después de que cada hombre prestara juramento y se comprometiera bajo fianza a votar en favor de la corte, ganara como si no, tras lo cual los perdedores tenían a su vez libertad para rifarse la siguiente plaza vacante. Así se mantendrían vivas la esperanza y las ilusiones, nadie protestaría por promesas incumplidas, sino que imputaría sus decepciones enteramente a la fortuna, cuyas espaldas son más anchas y fuertes que las de un gabinete ministerial.

Me enseñó otro profesor una voluminosa disertación sobre instrucciones para descubrir complots y conspiraciones contra el gobierno. Aconsejaba a los grandes estadistas que investigaran la dieta de todos los sospechosos, sus horas de comer, el lado de que dormían, la mano con que se limpiaban el trasero; que inspeccionaran a fondo sus excrementos y por el color, el olor, el sabor, la consistencia, la crudeza o la madurez de la digestión, establecieran un juicio de sus



pensamientos y designios; porque los hombres nunca se muestran tan serios, pensativos y concentrados como cuando están sentados en el retrete, cosa que él averiguó mediante frecuentes experimentos; pues cuando, empleado en tales menesteres, consideraba él, sólo por probar, cuál era la mejor manera de asesinar al Rey, sus heces tomaban un color verde, pero totalmente distinto de cuando pensaba solamente en organizar una insurrección o incendiar la metrópoli.

El estudio entero estaba escrito con gran agudeza y contenía muchas observaciones no menos curiosas que útiles para los políticos, mas, como imaginé, no del todo completo. Esto me atreví a decírselo al autor y me ofrecí, si le parecía bien, a proporcionarle algunos aditamentos. Acogió el ofrecimiento con más conformidad de la que suelen los escritores, sobre todo aquellos de la especie proyectista, afirmando que le encantaría obtener más información.

Le conté que en el reino de Tribania, que los nativos llaman Langerrita, donde yo había residido por largo tiempo, la mayor parte de la población eran denunciadores, testigos, delatores, acusadores, querellantes, atestantes, juradores, junto con sus instrumentos serviles y subalternos, todos bajo la bandera, la dirección y la paga de ministros y sus agentes. Los complots en aquel país suelen ser labor de aquellos que pretenden potenciar su reputación de políticos enteros, infundir nuevo vigor en una administración bobalicona, sofocar o disimular el descontento general, llenar sus arcas con el producto de multas, y enaltecer o condenar el valor del crédito público según una cosa o la otra redunde más en su provecho particular. Primero se ponen de acuerdo y establecen qué sospechosos serán acusados de conspirar; después se toman medidas terminantes para hacerse con todas sus cartas y demás papeles, y para cargar de cadenas a sus dueños. Estos papeles se entregan a un grupo de artistas muy diestros en desentrañar misteriosos significados de las palabras, sílabas y letras. Por ejemplo, pueden descifrar que una silla□retrete significa consejo privado; una manada de gansos, senado; un

perro cojo, invasor; una cabeza de chorlito, la peste, ejército permanente; un cernícalo, ministro; la gota, sumo sacerdote; una horca, ministro de gobierno; un orinal, comisión de nobles patricios; una cota pequeña, dama de corte; una escoba, revolución; una ratonera, cargo oficial; un pozo sin fondo, el Tesoro; una cloaca, la Corte; un gorro con cascabeles, favorito; un puntal quebrado, tribunal de justicia; un tonel vacío, general; una llaga supurante, la administración.

Cuando este método falla, disponen de otros dos más eficaces, que los instruidos entre ellos llaman acrósticos y anagramas. Primero: pueden descifrar significados políticos en todas las letras iniciales. Así, N significará complot; B, un regimiento de caballería; L, una flota en el mar. O segundo: trasponiendo las letras del abecedario en cualquier papel sospechoso, pueden revelar los más profundos designios de un partido descontento. Así, por ejemplo, si yo dijera en una carta a un amigo: *Pues mi hermano Tomasito ha cogido las almorranas*, un hombre diestro en este arte descubriría cómo las mismas letras que forman esa frase pueden desdoblarse en las palabras siguientes: *Resistan más: mi complot ha arraigado. El oso humano*. Y éste es el método anagramático.

El profesor me expresó su vivo agradecimiento por hacerle partícipe de estas observaciones y prometió que incluiría una mención honorífica sobre mí en su tratado.

Nada veía en aquel país que me invitara a permanecer en él por más tiempo y empecé a pensar en volverme a casa, a Inglaterra.

# Swift y la esquizofrenia

(Por el Dr. Joseph Gabel)

Parece que el primer autor que describió el síndrome llamado actualmente como esquizofrenia, fue Jonathan Swift. El reino de Laputa y de Balnibarbi es un reino de esquizofrénicos.

Laputa está dominado por matemáticos y geómetras. Estos sabios tienen «la cabeza inclinada unos hacia la derecha, otros hacia la izquierda, y un ojo vuelto hacia adentro y el otro hacia el cenit». Son distraídos a tal punto que un servidor especial está encargado de despertarlos en el curso de las conversaciones. Su vida está dominada por la geometría. En este país las comidas se componen de platos recortados según las formas geométricas: «una paleta de cordero cortada en triángulo equilátero, un trozo de carne en forma de romboide y un pastel en cicloide». Sus sastres trabajan con la ayuda de reglas y compases, con el resultado de que sus trajes tienen siempre muy mal corte. Tienen la costumbre de elogiar la belleza de sus mujeres en términos de geometría, pero cabe pensar que esta forma de hacer la corte no es del gusto de aquéllas, porque encuentran un placer maligno en engañar a sus sabios esposos con los extranjeros, en general poco conocedores de geometría, que en gran número pululan en el reino. Estos devaneos femeninos se ven facilitados, además, por la increíble distracción de sus maridos. En efecto: estos forman el pueblo «más necio, más torpe, más ingenuo, en todo lo que concierne a las acciones comunes de la vida». Así, sus casas están mal construidas porque, «como las instrucciones que se dan a los obreros son de naturaleza abstracta, estos no pueden comprenderlas, produciéndose en consecuencia perpetuos errores». Finalmente, «son completamente ajenos a la imaginación, a la invención; no hay palabra de su idioma que exprese dichas facultades». Minkowski diría que su impulso vital está quebrado; el malogrado Dr. Dide hablaría

de «atimhormia».

En Balnibarbi, país vasallo de Laputa, el «proyectismo» está en su apogeo. Una academia de «*proyectistas*» funciona a pleno rendimiento: veremos más tarde con qué resultados.

Pero este «proyectismo mórbido» forma parte del síndrome esquizofrénico. He aquí lo que dice Minkowski:

«El enfermo quiere colocar un pestillo. Temiendo que el pestillo golpee el marco, lo reemplaza por un marco más grande. Pero se da cuenta de que este nuevo marco es más alto que el precedente, aunque del mismo ancho. ‘Me digo entonces -continúa su relato- que, lógicamente, puesto que era más alto, habría debido ser también más ancho, y ensancho el agujero en la madera, aunque en ningún caso hubiera sido útil hacerlo’. Así surgen nuevas dificultades, nuevas consideraciones matemáticas, y por último, como resultado final, un gran agujero en la puerta y en la pared. ‘Habría podido rellenarlo con masilla -dice nuestro enfermo,- *pero eso no entraba en mi plan*’ [las bastardillas son mías].

«Para mí el plan es todo en mi vida», aún nos dice el enfermo. «No quiero perturbar mi plan a ningún precio, más bien perturbo la vida, pero no el plan. Es el gusto por la simetría, por la regularidad lo que me atrae hacia mi plan. La vida no ostenta ni regularidad ni simetría, y por eso fabrico la realidad».<sup>1</sup>

¿Qué objetivos se proponen los «proyectistas» de la Academia de Balnibarbi? En primer término, aumentar el rendimiento del trabajo: «En estas academias o colegios los profesores encontraron nuevos métodos para la agricultura y la arquitectura, nuevos instrumentos y nuevos utensilios para todos los oficios y manufacturas, mediante los cuales un solo hombre podía trabajar tanto como diez, y un palacio podía construirse en una semana, con materiales tan sólidos que duraría eternamente sin necesidad de reparaciones». En segundo lugar, corregir la naturaleza, pues -el enfermo de Minkowski -*dixit*- la naturaleza es imperfecta. «Todos los frutos de la tierra deberían nacer en todas las estaciones, cien veces más grandes que en la actualidad...». Lamentablemente, «ni

---

<sup>1</sup> E. Minkowski, *La schizophrénie*; París: Payot, 1927.

uno solo de estos proyectos fue perfeccionado hasta ahora, y en poco tiempo se vio todo el campo miserablemente devastado, las casas en ruinas y el pueblo sin pan y sin ropa. A pesar de todo, lejos de descorazonarse, nuestros proyectistas se sienten cada vez más animados en pos de sus sistemas, impulsados a veces por la esperanza y a veces por la desesperación». Uno de los miembros de la Academia se afana en volver comestibles los excrementos «mediante la separación de las diversas partes y la depuración de la tintura que el excremento recibe de la hiel, y que produce su mal olor». Nótese -y es bastante asombroso- que la coprofagia forma parte del síndrome esquizofrénico. Sus relaciones con el geometrismo mórbido no son muy evidentes *a priori*. Sin embargo, es posible interpretar ésta como una actitud de rechazo frente al carácter irreversible de los procesos fisiológicos (aquí la desasimilación) que condiciona la irreversibilidad de la temporalidad biológica. Esta explicación que parece cogida por los pelos, sería exactamente, la idea directriz del «sabio» balnibarbiano.

Pero el carácter esquizofrénico de la planificación balnibarbiana se verifica con la máxima evidencia en el plano de la reforma del lenguaje. Los lingüistas de este país estiman que «hablar demasiado perjudica», adagio muy respetable mientras que no se salga del plano moral, pero que se vuelve esquizofrénico cuando está basado en el razonamiento de que «cada palabra pronunciada disminuye en cierto grado nuestros pulmones por la acción corrosiva de la palabra, y en consecuencia, abrevia la vida». Por consiguiente, abrevian las oraciones reduciendo las polisílabas a una sílaba, suprimiendo los verbos y las partículas, ya que todas las cosas imaginables son allí en realidad solamente nombres. Se castra así el lenguaje de cuanto expresa la acción, la espontaneidad, el movimiento; en una palabra, de cuanto el lenguaje contiene de «bergsoniano». Se convierte en el reflejo de un mundo muerto, de un mundo de cosas, de un universo «cosificado», atomizado. Uno de los enfermos de Minkowski dice: «Todo es inmovilidad en torno a mí. Las cosas se presentan aisladamente, cada una

para sí, sin evocar nada...» (Minkowski, *op. cit.*). Al final, el racionalista balnibarbiano consecuente llega así a no utilizar la palabra para nada (!) y a pasearse con una carga de objetos destinados a servir de instrumentos de conversación. Al universo cosificado corresponde en adelante un lenguaje cosificado.

Geometrismo, inadaptación, cosificación del «mundo propio», pérdida del impulso vital, proyectismo mórbido, coprofagia, mutismo: el cuadro de la esquizofrenia está en realidad bastante completo. Agreguemos aún un cierto «irrealismo de lo posible». La juiciosa jerarquización de la actualidad de los diversos «posibles» forma parte de la adaptación vital. En algunos esquizoides se describió «una obsesión de lo posible». También *Monsieur Teste* «conoce solamente dos valores, dos categorías: lo posible y lo imposible»<sup>2</sup>. En cuanto a los habitantes de Laputa-Balnibarbi, viven en el temor permanente de posibilidades a escala astronómica. «Este pueblo parece siempre inquieto y alarmado, y lo que no turbó jamás el reposo de otros hombres es el continuo tema de su miedo y de su terror; temen, por ejemplo, la alteración de los cuerpos celestes... Temen también que el sol, a fuerza de distribuir sus rayos sin recibir ningún alimento para mantener su combustión, sea enteramente aniquilado, lo que traería la destrucción de nuestro planeta y de todos los que reciben la luz del sol... Cuando se encuentran por la mañana, la primera pregunta concierne al estado del sol, a su aspecto al ponerse y al salir». Esta «obsesión de lo posible» es en última instancia uno de los aspectos del geometrismo, ya que la geometría es precisamente la ciencia donde lo real coincide con lo posible.

La pregunta es: ¿de dónde proviene la perspicaz intuición psiquiátrica de Swift? ¿practicó, él mismo, una especie de introspección mórbida? No se trata de abordar aquí la patografía del autor de *Gulliver*; el tema es complejo y merece un estudio aparte. Conocemos, por cierto, algunos elementos esquizoides entre sus datos biográficos. El doctor Cabanes insiste en la extrema pobreza de la vida afectiva de nuestro

---

<sup>2</sup> Valéry, *Monsieur Teste*, pág. 17.

autor, «la esquizoidia -escribe por su parte E. Wolff- se traduciría en filosofía por un escepticismo esencial. Para el esquizoide que filosofa, todo no es más que una comedia; los hombres en la sociedad, el mundo inclusive, son sólo una siniestra farsa, todo eso no es serio, nada existe, nada es verdad. El esquizoide no ve más que marionetas por doquier, que se agitan en vano... ».<sup>3</sup> He aquí una descripción que evoca bastante bien la imagen que uno se hace comúnmente de Swift como hombre político; es, además, la filosofía de la historia que parece desprenderse de la aventura en Lilliput y en Brobdingnag. Rossi y Hone<sup>4</sup> analizan el egotismo de Swift, que oponen al egoísmo (*selfishness*). «El egotista integral no tiene metas en la vida, mientras que el hombre simplemente egoísta tiene ambiciones bien definidas a las cuales somete a los demás, el egotista no sigue líneas tan claras. El esfuerzo lo fatiga porque es difícil trabajar con ardor cuando uno está solo en el mundo». Es exacto, pero el egotismo así definido se acerca singularmente al autismo esquizoide. (¡Qué diferencia con el egotismo activo de un Stendhal o de un Barres!). Por lo tanto, no hay que ir demasiado lejos para encontrar rasgos esquizoides en Swift. Su descripción tan penetrante de los hombres de Laputa y de Balnibarbi podría muy bien ser -en parte al menos- el resultado de un autoanálisis cruel y lúcido.

Es además el elemento esencial de su crítica social.

Se ha señalado que el tercer libro de los *Viajes de Gulliver* es el único donde el viajero trata con hombres de apariencia normal, y no con animales o con monstruos. Encontramos allí la doctrina social de Swift, una doctrina enteramente negativa y derrotista, pero que no por eso deja de tener anticipaciones geniales.

Existen elementos esquizofrénicos en nuestra civilización. «El mundo es la presa de una esquizofrenia colectiva», escribió recientemente el doctor Gilbert-Robin.<sup>5</sup> La «falsa conciencia»

---

<sup>3</sup> E. Wolff, *Doctrines philosophiques et tempéraments*, Revue philo-sophique, enero-marzo de 1947.

<sup>4</sup> M. M. Rossi y J. M. Hone, *Swift or the egotist*, Londres, 1934.

<sup>5</sup> G.-Robin, *La guérison des défauts et des vices de l'enfant*, París, 1948.

-tan admirablemente analizada por Lukács<sup>6</sup> es un fenómeno social de carácter esquizofrénico; se basa en la cosificación de las categorías económicas (*Verdinglichung*) que sitúa al hombre en un universo inhumano, rígido, con el tiempo espacializado; un mundo de la cantidad. El horror del universo de los campos de concentración no reside únicamente en el grado jamás antes alcanzado de sufrimientos y de muerte. Reside también en una atroz contabilización de esos sufrimientos y de esa muerte; una cuantificación inhumana de lo que es en realidad dolorosa cualidad humana. Su representante más típico no es posiblemente ni Hitler ni Goering simplemente abominables, sino Himmler, el hombre que firma *casi sin odio* decretos que implican la muerte de millones de hombres, con la serena convicción de que se trata de cosas, como lo era el esclavo para la conciencia de los antiguos. Hay «geometrismo mórbido» en nuestra existencia dondequiera que la cantidad priva sobre la cualidad, el ritmo de producción sobre la felicidad humana, donde el resultado material de los actos cuenta más que la intención. Es quizá una visión algo superficial aquella que interpreta el «geometrismo» de los habitantes de Laputa únicamente como un dardo lanzado contra Isaac Newton y sus sabios colegas de la *Royal Society*. Hay en ello una intuición histórica mucho más profunda. Los pasajes antes citados tienen un campanilleo terriblemente contemporáneo. Decir que la obra de Swift no ha envejecido es hacerle poca justicia. En realidad no fue nunca tan joven ni tan actual como en nuestros días.

Para el psiquiatra su estudio comporta una enseñanza: es quizá un error querer enterrar el concepto nosológico de la esquizofrenia. A alguna realidad debe con seguridad corresponder, puesto que fue descrita con tal precisión por un novelista dos siglos atrás.

---

<sup>6</sup> Georg Lukács, *Historia y conciencia de clase*. «La temporalidad pierde entonces su carácter cualitativo cambiante, fluido: se transforma en un *continuum* rígido bien delimitado, relleno de ‘cosas’ cuantitativamente mesurables (que son los ‘productos’ del obrero deificados, objetivados de modo mecánico y desprovistos de la personalidad humana total): ella, la temporalidad, se transforma en espacio.